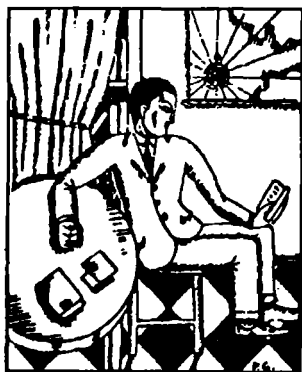


INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Dibujo de la cubierta:
PEDRO GUEZALA
(*La Rosa de los Vientos*, 5 [1928])

JOSÉ ANTONIO ROJAS

Verso y prosa



Edición, introducción y notas de
MIGUEL MARTINÓN

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
1993

INTRODUCCIÓN

EN 1952 publicó Domingo Pérez Minik un libro que, a pesar de haber quedado inacabado, el paso del tiempo nos hace valorar cada vez más: *Antología de la poesía canaria, I: Tenerife*. Con una actitud crítica casi de pionero, Pérez Minik seleccionaba allí los nombres de mayor interés en el campo de la creación poética en Tenerife durante el último tercio del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX; es decir, desde los autores de la llamada «escuela regionalista» hasta los poetas vanguardistas, dos generaciones históricas lejanas entre las que situaba una fase de «Modernismo y evasión». Aquí nos interesa recordar esta obra de Pérez Minik en la medida en que en ella se incluía una estimable información sobre José Antonio Rojas y un no menos valioso conjunto de poemas inéditos de este autor. Pero, en una perspectiva más general, tenemos que subrayar también que la antología de Pérez Minik ofrecía una amplia presentación de los poetas del grupo vanguardista de Tenerife. Esa tarea, además, había sido realizada durante los difíciles años de la posguerra por uno de los propios miembros de aquella generación, y ello desde una posición de clara significación política antifranquista. El libro al que aludimos permitía por vez primera el reencuentro con la creación literaria de los jóvenes que se dieron a conocer durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera y de la Segunda República. En casi todos los casos, el proceso de maduración de la obra de aquellos jóvenes se había visto interrumpido por diversas circunstancias. Este hecho, unido a la nueva situación política y cultural surgida de la guerra civil, había dado lugar a una actitud, respecto a aquellos autores, de olvido o ignorancia, cuando no de anatema o de silencio deliberado. Este estado de cosas empieza a quebrarse, precisamente, con la *Antología* de Pérez Minik. El designio del crítico no era otro que restablecer los lazos históricos con un pasado cultural secuestrado, negado al conjunto de la sociedad y, en particular, a la nueva generación intelectual que había empezado a darse a conocer en la primera década de la posguerra.

Esa recuperación era, desde luego, muy necesaria en el caso de José Antonio Rojas, un poeta que había muerto muy joven y no había llegado a publicar sino unos pocos poemas de forma dispersa. Como he señalado antes, Pérez Minik nos proporciona interesante información biográfica sobre Rojas, de quien dice que nació en 1906 en La Laguna, en la isla de Tenerife, pero que su familia se estableció en la vecina capital, Santa Cruz, desde la primera infancia del autor. En ambas ciudades se va a desenvolver la actividad de José Antonio Rojas. En Santa Cruz estudia el bachillerato y, más tarde, «trabaja en una oficina, cerrando y abriendo 'mayores', durante algunas horas del día, para atender a sus estudios». ¹ Estos estudios son los de la carrera de Derecho, que cursaba en la Universidad de La Laguna y cuyo tercer año acababa de superar en el verano de 1930 cuando lo sorprende la muerte en un trágico accidente. Alcanzó este suceso una notable resonancia en la prensa local, lo que nos permite conocer las circunstancias que lo rodearon. Los hechos tuvieron lugar en la noche del 19 al 20 de agosto en la bahía de Santa Cruz, a muy pocos metros de las instalaciones del Club Náutico. Aquí había embarcado en un pequeño bote un grupo de amigos, en el que figuraban tres jóvenes que iniciaban por entonces su carrera literaria: Julio de la Rosa, José Antonio Rojas y Domingo López Torres. Por exceso de peso, el bote comenzó a llenarse de agua y los intentos de los embarcados por impedirlo tuvieron un efecto lamentable: la inestabilidad del bote y la caída de todos ellos al agua. En el accidente murieron ahogados Julio de la Rosa y José Antonio Rojas. Por su parte, Domingo López Torres logra salvar entonces su vida, al salir a nado de las aguas de la misma bahía a la que unos fanáticos y bárbaros conciudadanos, llevados por motivos políticos, lo arrojarían, ya irremisiblemente, metido en un saco, seis años más tarde, en los primeros meses de la guerra civil.

José Antonio Rojas había nacido el 28 de septiembre de 1906. No había cumplido, pues, los veinticuatro años en el mo-

1. Cf. DOMINGO PÉREZ MINIK, *Antología de la poesía canaria, I: Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Goya, 1952, pág. 327.

mento de su muerte. En tan corta vida fue muy escasa la obra literaria que dio a conocer: sólo tres poemas sueltos y dos artículos críticos en la prensa local. Ya póstumamente, sus amigos podrían obtener de la familia del poeta otros textos, y, así, se editaron otros tres poemas en los años 30 y otros ocho en la *Antología* de Pérez Minik. Este lograba casi llevar a cabo la tarea propuesta por Ramón Fera en 1936, en su libro *Signos de arte y literatura*, sobre la necesidad de recopilar la obra de José Antonio Rojas, de la misma manera que se había reunido, en 1931, la de Julio de la Rosa:

Julio Antonio de la Rosa y José Antonio Rojas dejan su cuerpo yerto sobre la «arenita», en una noche atlántica de estrellas de mar. Ellos no eran poetas del mar de fuera, estos poetas saben de todas las corrientes marinas y, como tiburones, mueren en tierra.

Los amigos de La Rosa han recogido y seleccionado su obra poética —dispersa en publicaciones literarias y periódicos de las islas, y gran parte inédita— en un libro: *Tratado de las tardes nuevas*. Presumo que estos amigos, que lo eran también de José Antonio Rojas, darán a conocer de éste su obra poética inédita y su obra crítica, tan valiosa.²

Sin negarle valor a esa obra crítica, es preciso subrayar que sólo se han localizado dos breves artículos críticos de José Antonio Rojas. Y en cuanto a la obra poética, es posible que existan más textos inéditos aparte de los catorce poemas a que he aludido, pero no se han podido encontrar. En cualquier caso, esa posible obra inédita no puede ser muy abundante. Eso es lo que hay que suponer, dado, por una parte, que el autor no publicó en vida sino tres breves poemas; y habida cuenta, por otra parte, de la temprana muerte del poeta. Piénsese, por lo demás, que las condiciones personales de que da noticia Pérez Minik apuntan más bien a que la dedicación de Rojas a la escritura, además de no muy larga, tampoco pudo ser muy intensa.

2. Cf. RAMÓN FERIA, *Signos de arte y literatura*, Madrid, 1936, pág. 54, nota.

Por lo que sabemos, esa actividad creadora tiene su primera expresión pública en los poemas editados en la revista *Hespérides*. Esta revista, fundada y dirigida en Santa Cruz de Tenerife por Rafael Peña León, apareció regularmente como semanario desde principios de 1926 hasta finales de 1928. Dedicada a «artes, ciencias, literatura y deportes», *Hespérides* acogió en sus páginas durante estos tres años a gran número de pintores y escritores, sobre todo, de Tenerife. Si se repasan los índices de esta revista, se puede observar que en ella colaboraron escritores muy jóvenes junto a otros de más edad, de la primera generación del siglo. En *Hespérides*, en efecto, aparte de José Antonio Rojas, dieron sus primeros pasos literarios algunos jóvenes que habrían de tener un notable papel en la asimilación y desarrollo del vanguardismo en las Islas: Emeterio Gutiérrez Albelo, Eduardo Westerdahl, Ismael Domínguez, Ernesto Pestana Nóbrega, Pedro García Cabrera, Julio de la Rosa, Domingo Pérez Minik, Domingo López Torres... Por lo demás, Westerdahl, Pérez Minik y García Cabrera formaron parte de la redacción de la revista. A partir del número 158 (del 3 de enero de 1929) *Hespérides* se transformó en «diario ilustrado»; desde ese momento pierde el interés literario que, sin duda, había tenido.

Hespérides no representó las posiciones exclusivas de un grupo de escritores y artistas coetáneos, sino que sirvió de espacio intergeneracional. Tampoco defendió ninguna estética determinada, sino que mantuvo una actitud ecléctica o, al menos, de clara indefinición. Pues bien, como si se adaptaran a esa línea, los poemas dados a conocer por José Antonio Rojas en *Hespérides* presentan también unas notas que los localizan en un estado estético de transición hacia el vanguardismo, pero sin situarse plenamente en él. En efecto, por un lado, rasgos como el intimismo y el mismo tema del crepúsculo —en el primer poema— hacen recordar el simbolismo de Juan Ramón Jiménez. Pero, por otro lado, no dejamos de reconocer también el aspecto más *moderno* que les dan a estos poemas elementos tales como la irregularidad métrica y la falta de un ritmo definido, el tipo de imagen más irracional y, sobre todo, el tono lúdico. En el primero de estos poemas, editado en el nú-

mero 97 de *Hespérides* (27 de noviembre de 1927), el final del día se presenta de esta forma ya bastante libre y *vanguardista*:

El día rodando da el último agudo;
y yo presto el trampolín de mi fantasía
para que saltando me distraiga el viento.
Poniente borró al sol.
Y la noche —morena de ojos grandes—
estrena un traje...

En el segundo de esos poemas (número 104: 15 de enero de 1928) leemos que «los punteros de los pinos / buscan en el cielo la patria del sol» y que la tarde «ríe / paladeando su pastilla de limón». Como se ve, en ambos poemas se advierte claramente la voluntad del joven poeta de incorporar modos y tonos propios de un momento histórico en que la poesía peninsular, vanguardista o veintisietista, está alcanzando notables cotas de calidad y difusión.

Esa actitud de adhesión y defensa de la *nueva literatura* es la que sustenta el artículo crítico de José Antonio Rojas sobre *Líquenes*, de Pedro García Cabrera. Este libro de poemas había sido publicado por las ediciones paralelas de la revista *Hespérides* en 1928, y su poema 66 lleva, justamente, la siguiente dedicatoria: «A José Antonio Rojas, Carpintero de playas volantes». El artículo de Rojas, subtítulo «Impresiones ordenadas a la vista de un libro», apareció en el diario *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife el 2 de septiembre de 1928. En este libro, en que García Cabrera llevaba a cabo una personal asimilación del neopopularismo, Rojas no puede dejar de invocar los nombres de Alberti y Lorca como representantes de la nueva sensibilidad. El arte del siglo XX está caracterizado por la desnudez, por la pureza, por la importancia de la imagen, frente «a la negativa interferencia de valores, ¡siglo XIX! (...) Borremos tantas dimensiones falsas —descriptivas, patéticas—, tantas devociones de ochocientos». Y en la medida en que García Cabrera incorporaba en sus poemas elementos del paisaje insular, el joven crítico tiene que insistir en la modernidad de la mirada *novecentista* del poeta canario frente al arte regionalista:

Desde entonces tras un mar de exponente luminoso. Yendo a mares de imaginación pura. Avizorando —vigilia exquisita, renovador desvelo— desnudeces abstractas por tantos regionalismos de asunto y de alusión.

Encontrar la exacta pureza imaginista. En nuestra sal el universal deseo.

En abril de 1927 había aparecido en Santa Cruz de Tenerife el primer número de la revista *La Rosa de los Vientos*, animada por Agustín Espinosa, Juan Manuel Trujillo y Ernesto Pestana. *La Rosa* saca su quinto y último número en enero de 1928. Acaso ya a partir de ese momento algunos jóvenes escritores vinculados a la revista *Hespérides* proyectan editar una nueva revista literaria: *Cartones*, que no saldría hasta 1930. Esos jóvenes envían a *La Gaceta Literaria* una especie de manifiesto, dedicado a Alberti y firmado por Pedro García Cabrera, Juan Ismael, José Antonio Rojas y Guillermo Cruz. En el número 36 de *La Gaceta* (de 15 de junio de 1928) se reproduce parte de esa declaración, en la que los firmantes anuncian que

Nuestra nave: *Cartones*, no se debatirá en un estrecho marco regional. Degolladora de rutas, pasará por el carrousel de nuestras siete cajas de colores la cristalización de espumas ignoradas. En el astillero atlántico construimos nuestra nave: *Cartones*. En su roll, cuatro cazadores de estrellas marinas intentan captar, con su escafandra fanfarrona, los cimientos de un arte propio. Arte isleño. Cosmopolita. En las jarcias voltijejan los siete corazones de las Islas, que subiremos a los mapas en sonrisa depurada y construida.

A pesar de este primer afán diferenciador, cuando se editó, dos años más tarde, *Cartones* vino a coincidir de hecho con el «proyecto universalista» de *La Rosa de los vientos*. Quizá pueda decirse que *Cartones* añadía a ese proyecto una mayor claridad sobre la idea de una literatura y un arte de fundación característicamente atlánticos, a partir de una naturaleza y una historia singulares. Como ha sintetizado Nilo Palenzuela, «es acaso éste el perfil más novedoso de la revista *Cartones*, pues ofrece un nuevo sentido al proyecto universalista. La naturaleza insular espera como antes la

voz, la palabra o el gesto pictórico para encontrar su existencia». ³ En este sentido debe tenerse en cuenta que tanto *Cartones* como los otros textos publicados por sus animadores en 1930 surgieron al calor de la exposición de la obra de los artistas de la Escuela «Luján Pérez», de Las Palmas, en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. En torno a esa exposición se produjo un importante encuentro generacional de pintores y escritores de Tenerife y de Las Palmas, encuentro de especial significación en el desarrollo de la vanguardia insular.

José Antonio Rojas fue uno de los protagonistas de ese momento cultural en que culmina la primera fase de la asimilación del vanguardismo en Canarias. Se trató, como decimos, de un momento de dilucidación de proyectos y objetivos, y también de convergencia de los jóvenes de las distintas islas. Así, vemos en un artículo publicado pocas semanas después de la muerte de nuestro autor por un amigo suyo de Las Palmas, Angel Tristán, que Domingo López Torres y José Antonio Rojas habían pasado un día en Gran Canaria con él y otros amigos «recorriendo con el puntero de su cultura el gráfico, sin complicaciones mayores, de la isla». En ese artículo podemos observar también la identificación de Rojas con las ideas que compartían casi todos los miembros canarios de su generación, y no sólo los del grupo de la revista *Cartones*. Según Angel Tristán, «José Antonio —que amó profundamente el ideal de un renacer del sentimiento regionalista, sin mengua de cauces internacionales de más alta espiritualidad— vio en el cardón, como vimos otros jóvenes de Canarias, la ‘base, teoría y síntesis’ de nuestro paisaje insular». ⁴ A este testimonio debe unirse el no menos valioso de Ramón Feria, que incluye en su ya citado

3. Cf. NILO PALENZUELA, «El proceso de las revistas: de *La Rosa de los Vientos a Indice*», en Andrés Sánchez Robayna (ed.), *Canarias: las vanguardias históricas*, Santa Cruz de Tenerife, C.A.A.M./Gobierno de Canarias, 1992, págs.19-38; la cita está tomada de la pág. 28. Véase también Nilo Palenzuela, «La exposición de la Escuela ‘Luján Pérez’, de 1930: un encuentro generacional», *Jornada* (Santa Cruz de Tenerife), 8 de enero de 1983 (supl. *Jornada Literaria*, nº 99).

4. Cf. ANGEL TRISTÁN, «José Antonio Rojas», *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 2 de septiembre de 1930.

libro *Signos de arte y literatura* fragmentos de una carta de Rojas muy próxima a la fecha de su muerte:

José Antonio Rojas, el mejor definidor de este grupo, en carta de julio de 1930, refiriéndose al grupo *Cartones*, dice: «grupo esencialmente universitario, estudia sobre la región para elevarla universalizándola (ejemplo: nuestra fiesta nacional en *Los Bestiaros*, de Montherlant), descubriendo lo falso de esa isla lírica que tanto ha producido nuestra literatura. Lo lamentable de una confusión de lo tópico con lo regional». Eso es lo que quería José Antonio Rojas, para universalizarse, pero «encadenado en la isla de Tenerife».⁵

En ese momento tan singular a que ha llegado la vida cultural de las Islas en 1930, en ese *tiempo otro* en que se saben creando los artistas y escritores insulares, es donde conviene situar la actividad literaria desarrollada por José Antonio Rojas durante los que fueron los últimos meses de su vida. De esa actividad sólo conocemos el poema aparecido en *Cartones (Mi paseo entra en la tarde...)*; el titulado «María Rosa», dado a conocer en el diario *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife, poco después de la muerte del autor (el 23 de septiembre de 1930); los poemas *Y al fondo...* y *Galerías de humo*, dados sucesivamente por *Gaceta de arte* en sus números 13 y 14 (marzo y abril de 1933); los ocho poemas incluidos por Pérez Minik en su *Antología de la poesía canaria*; y, por último, el artículo crítico sobre el libro de Ramón Fera *Stadium*, publicado en *La Tarde* el 10 de julio de 1930.

Limitándonos a los poemas, no es necesario decir que esta docena de textos tiene que considerarse como un todo sincrónico, que inevitablemente hay que situar cerca de la muerte de José Antonio Rojas. Tampoco es preciso insistir en que, en su conjunto, esos poemas quedaron vinculados históricamente a la primera época, más vanguardista y veintisetista, de la evolución de la vanguardia insular. A esa primera época la sucedería una segunda de asimilación del surrealismo, que Rojas no alcanzó a conocer. Como

5. Cf. RAMÓN FERIA, *Signos de arte y literatura*, ob. cit., págs. 11-12.

señaló Pérez Minik, «Él no tuvo tiempo de traspasar una fase lúdica, de gracia y 'divertimento', que se alinea junto a *Líquenes*, de Pedro García Cabrera, y al *Tratado de las tardes nuevas*, de Julio Antonio de la Rosa». ⁶

En el mismo lugar añade Pérez Minik unas observaciones críticas que aún hoy nos parecen válidas para ordenar y caracterizar ese conjunto de poemas de José Antonio Rojas a que nos estamos refiriendo. Decía aquel crítico:

Esta fase no rebasada hace que su obra se nos presente como algo inacabado o, mejor, como recién nacido. Pero sorprende por su sentimiento del mar, elemento físico de la naturaleza que parece puesto frente al poeta no para crear una Historia, sino para su individual juego y gozo, fugaz y libre. También, por la presencia en ella de un dolor y de una fatalidad que yacen ocultos...

Encontramos, en efecto, que algunos poemas como «Canción de percal» o «Canciones marinas» reflejan, junto a su aspecto neopopularista, una actitud lúdica y jovial; en la última de las «Canciones marinas» leemos estos versos, en que el espíritu de juego llega al propio nivel fónico:

Caracola, caracola.
Barcarol, caracol.
Ruede la canción.
Navega, navegando
volvió el corazón.

Por otra parte, ciertos poemas encierran, como decía Pérez Minik, «un dolor» o «una fatalidad», cuyo origen no se determina con claridad; así ocurre en los tres poemas en que es invocado el personaje de «María Rosa»; en el titulado con este nombre dice el poeta:

6. Cf. DOMINGO PÉREZ MINIK, *Antología de la poesía canaria, I: Tenerife*, ob. cit., pág. 328.

(...) se perdió mi estrella en la inmensa noche,
en la noche negra...
Y yo voy llorando mi esperanza rota
por la larga senda.
¡Oh, mi estrella rubia, perdida en la noche!
¡No volver a verla, no volver a verla!...

Y el que empieza «Y al fondo / cantaba el mar...» termina con estos versos: «María Rosa, / yo quisiera / y no me quisiera ahogar».

Y, en fin, otros poemas expresan también una visión sombría de la vida, como el que empieza *Galerías de humo...*:

Y en una madrugada
—inmóvil y dormido—
me romperé en el cielo.
¡Galerías!
La nieve enterrará mi cuerpo.

Digamos, por último, que ese tono apagado parece motivado en algunos poemas por la pérdida de la niñez. Así, en el titulado «Cuatro de la tarde» leemos:

Cuatro enfermos silencios
me sostienen en las ruinas de una medianoche.
En la nube cerrada muere un niño.

Y en el que empieza «El tiempo juega el caracol de las esquinas...» el autor dice: «Todas las horas caen en la frontera de mi niñez».

Cerca de la muerte de José Antonio Rojas ha de localizarse también el artículo crítico que nuestro autor dedicó al primer libro de poemas de su joven amigo Ramón Fera (1909-1942). El libro, titulado muy al modo vanguardista *Stadium*, acababa de ser editado en Madrid ese mismo año con un prólogo de Antonio Espina. Los poemas de Ramón Fera estaban en aquella misma línea de *Líquenes*, de García Cabrera, y *Tratado de las tardes nuevas*, de Julio

de la Rosa, en que Pérez Minik situaba la creación poética del propio José Antonio Rojas. Se trataba, pues, de una poesía vinculada a la primera fase del desarrollo de la literatura de las vanguardias históricas en las Islas. En sintonía con el ambiente cultural del momento, el artículo de José Antonio Rojas sobre el libro de Ramón Fera no es una reseña convencional, como tampoco lo había sido el artículo dedicado unos años antes a García Cabrera. Animado por un claro aliento ensayístico, el joven escritor volvía a realizar una *crítica militante* y de afirmación generacional. Tras unas iniciales y oblicuas referencias a su relación personal con el autor de *Stadium*, Rojas insistía en la defensa de la depuración intelectual y la autonomía de la palabra poética: «ya el pintor no pinta la luz, ni recoge la realidad de su retina. Y el poeta trabaja su obra íntima, difícil, interior. Trazando su creación bajo el cerebro». Y concluye, justamente, elogiando la obra de Fera por «la emoción inteligente» que ha dejado en él su lectura. Podemos imaginar que a mediados de 1930 no pocos jóvenes vanguardistas canarios se sentirían identificados con esa fórmula que expresaba de forma muy acertada el ideal estético de la hora: *emoción inteligente*. Precisamente con estas palabras terminaba el brillante texto crítico de José Antonio Rojas, y con este texto debió de concluir también su actividad literaria pocas semanas antes de su temprana muerte. La lectura de este ensayo deja asimismo en el lector una *emoción inteligente*, una imagen intelectual y a la vez emotiva: la de un joven escritor de veintitrés años que, rodeado de otros jóvenes creadores, camina anhelante hacia dentro de sí mismo en busca de su centro de creación y verdad.

MIGUEL MARTINÓN

Santa Cruz de Tenerife, verano de 1993.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Se recogen en esta edición todos los escritos localizados de José Antonio Rojas, que se presentan agrupados en dos secciones: una de poemas y otra de ensayos. En ambas secciones los textos se disponen en el mismo orden cronológico en que fueron editados. Los poemas *El día rodó en tres pedazos...* y «Tarde» aparecieron en la revista *Hespérides*, de Santa Cruz de Tenerife (núms. 97: 27-IX-1927, y 104: 15-I-1928). El poema *Mi paseo entra en la tarde...* fue la colaboración de Rojas en el único número de *Cartones* (Santa Cruz de Tenerife, 1930). Poco después de la muerte del autor, se dio a conocer el poema «María Rosa» en *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife, 23-IX-1930). *Y al fondo...* y *Galerías de humo...* aparecieron en sucesivas entregas de la revista tinerfeña *Gaceta de arte* (núms. 13 y 14: marzo y abril de 1933). La muestra de la obra literaria de José Antonio Rojas incluida por Domingo Pérez Minik en su *Antología de la poesía canaria, I: Tenerife* (1952) estaba formada, justamente, por esos tres poemas editados póstumamente y por otros ocho poemas más, hasta entonces inéditos: *Mis cajas en O...*, «Cuatro de la tarde», *El tiempo juega al caracol...*, «Canción de percal», *La noche se viene de bruces...* y las tres «Canciones marinas».

Los dos artículos críticos publicados por Rojas vieron la luz en sendos diarios de Santa Cruz de Tenerife: el artículo sobre *Líquenes*, de García Cabrera, apareció en *La Prensa* (2-IX-1928) y el dedicado a *Stadium*, de Ramón Fera, en *La Tarde* (10-VII-1930).

No ha sido necesario modificar el texto de las respectivas apariciones de los escritos recopilados en este volumen, salvo para unificar y modernizar la ortografía.

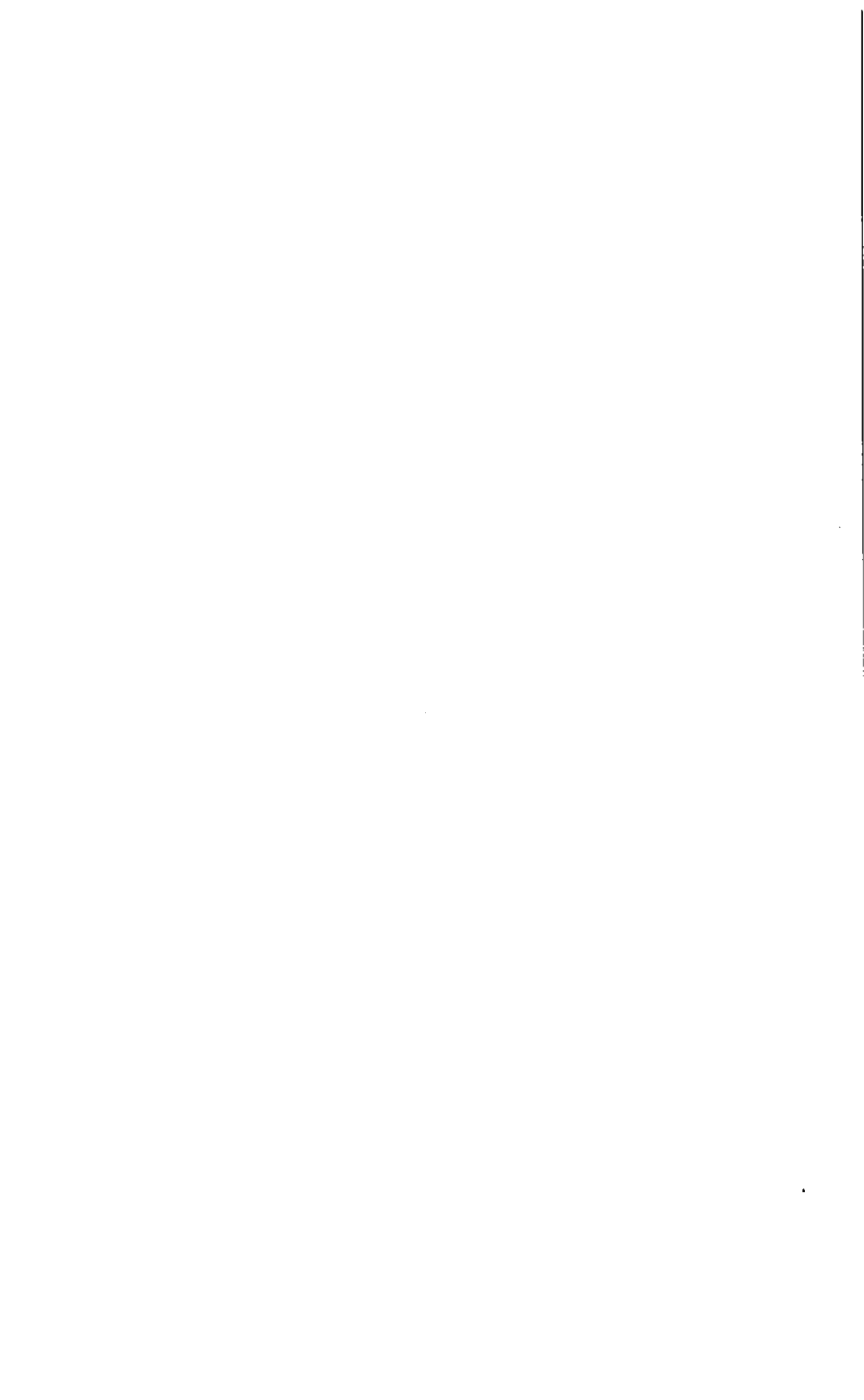
M. M.

BIBLIOGRAFÍA

- MARÍA ROSA ALONSO, «En torno a la revista *Cartones*», *La Tarde* (Santa Cruz de Tenerife), 30 de junio de 1930.
- ÁNGEL TRISTÁN, «José Antonio Rojas», *La Tarde*, 2 de septiembre de 1930.
- RAMÓN FERIA, *Signos de arte y literatura*, Madrid, Ed. El Discreto, 1936.
- DOMINGO PÉREZ MINIK, *Antología de la poesía canaria, I: Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1952.
- MIGUEL PÉREZ CORRALES, «La intervención canaria en *La Gaceta Literaria*», *Jornada* (Santa Cruz de Tenerife), 6 de diciembre de 1980 (supl. *Jornada Literaria*, nº 4).
- MIGUEL MARTINÓN, «La vanguardia insular: tres notas», en Id., *La isla sin sombra (Estudios y ensayos sobre la poesía moderna en Canarias)*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife, 1987, págs 15-18.
- LÁZARO SANTANA (ed.), *Modernismo y vanguardismo en la literatura canaria*, Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 1987.
- NILO PALENZUELA, «El proceso de las revistas: de *La Rosa de los Vientos* a *Índice*», en Andrés Sánchez Robayna (ed.), *Canarias: las vanguardias históricas*, Santa Cruz de Tenerife, C.A.A.M./Gobierno de Canarias, 1992, págs. 19-38; y en '*Cartones*' (1930) e '*Índice*' (1935), col. Facsímiles de Canarias, Gobierno de Canarias, 1992, págs. 47-55.
- MIGUEL MARTINÓN, «Alrededores de una literatura», en A. Sánchez Robayna (ed.), *Canarias: las vanguardias históricas*, págs. 73-97.



P O E M A S



EL DÍA rodó en tres pedazos
—mañana, mediodía y tarde—.
(Canción que morirá de luto.)

Me he quedado solo volteando mi campana.
Abro el cuadriculado de cristal;
pero la calle
no me da la risa de un polichinela o de un globo de luz.

Sólo bolas de humedad estallan en mi frente
y un niño —con una cara fea— llora su cometa
que trepando se fue nubes arriba...

Un recuerdo juega a la peonza con mi corazón,
y, a veces, aprieta su cordel queriendo estrangularlo.
(El niño llora tanto,
que las casas frunciendo sus tejados
maldicen la cometa —cascabel de una bruma—.)

El día rodando da el último agudo;
y yo presto el trampolín de mi fantasía
para que saltando me distraiga el viento.

Poniente borró al sol.

Y la noche —morena de ojos grandes—
estrena un traje...

Cierro el cuadrilátero de cristal
y me borro en mi cuarto.

La canción muere de luto.

TARDE

El sol,
todo el sol —campanario alegre montado en la nube—
tocando a rebato.

Ecos, ecos, ecos,
prendidos en la rueda de la tarde loca...

Alegría,
que el niño que tiende al viento colores de Mayo
se enamoró del mar;
y la tarde
ha abierto al sol su caja de juguetes.

Deja a mi mirada —niño de música—
tenderse en el sur,
que en el mar se está ahogando una nube
que quiere ser sal;
mientras los punteros de los pinos
buscan en el cielo la patria del sol.

(La tarde,
la tarde que ríe
paladeando su pastilla de limón.)

Alegría,
que el niño que juega con los vientos rubios
se prendó del mar...

Ya tengo con quién navegar.

MI PASEO entra en la tarde.
Pensando palabras abiertas.

Este vuelo del viento que levanta a mis manos.
Esta busca del paisaje mucho antes de verme.

Y yo en los deseos no ocupados.
Cansando mis entusiasmos.

Recibiendo las voces en que llegan las horas
he aprendido la presencia de las cosas.

Ahora.
Mi paseo viaja estremecido.

Y se me olvida cómo me recibe mi casa.

MARÍA ROSA

¡Oh, mi María Rosa de mis sueños rubios,
de las negras trenzas y los ojos buenos!...
¡Oh, mi María Rosa de la voz doliente
como un violoncello,
como un violoncello...

Baja al huerto blanco, trémulo de luna
que quiero decirte muy bajo —al oído—
mi canción doliente llena de amargura...
Muy bajo —al oído—; que no la oiga nadie
sino tú y la luna...

Yo iba caminando
por las sendas nuevas
de mi ensueño roto,
oyendo la dulce canción de mi estrella
que llenaba mi alma
de luz inefable de claras quimeras,
cuando sin saberlo,
en una revuelta,
se perdió mi estrella en la inmensa noche,
en la noche negra...
Y yo voy llorando mi esperanza rota
por la larga senda.

¡Oh, mi estrella rubia, perdida en la noche!
¡No volver a verla, no volver a verla!...
.....
Y vendrá la aurora con su daga blanca.

Matará el ensueño que formó mi pecho...
¡Oh, qué enorme pena!

Y no oír el eco de su canción dulce.
¡No ver, ni siquiera, su dorada estela!...
¡Oh, mi estrella rubia!
¡No volver a verla, no volver a verla!...

Y AL FONDO
cantaba el mar.
En tus brazos y tus trenzas
barquero me hacía yo.
Dentro de tus ojos negros,
—rumor de playa,
canción—
barquero de tu cariño,
barquero,
tu mar, mi navegación.
Abiertas las albas tristes.
Cerrados los barcos ciegos.
¡María Rosa!
Ahogadita en un bancal.
Tu mar dentro de mi playa,
juguete todo de sal.
Tu mar —pez dorado de aire—
lejano en tu palpitar.
¡De frente!
Marinerito,
herido de mal curar.
(¡Mi vela! ¡Mi jarcia fina!)
E intacto por su mirada,
—tu mar, dentro de mí, tu mar—
entre mis manos tus ecos
cansados de mucho andar.
Marinero, marinero
pidiendo auxilio en el mar.
María Rosa,
yo quisiera
y no me quisiera ahogar.

GALERÍAS DE HUMO.
Mi hora enterrada
por las nubes y el frío.
Mi pecho en las olas
de los niños ciegos.
Me llaman. Me llamarán.
Y no tener donde copiar
algo que ya no esté muerto.
¡Galerías!
Y comprando los silencios,
mi hora seguirá siendo
un secreto
para niños viajeros.
Y en una madrugada
—inmóvil y dormido—
me romperé en el cielo.
¡Galerías!
La nieve enterrará mi cuerpo.
Y el viento
se llevará
mis nombres para niños buenos.

MIS CAJAS EN O

MIS CAJAS en O,
llenas.

En luces,
voces descalzas.

El mejor día
en sus ojos.
En mis manos
brincos de romero.

Ella —sin gente—
bordó la hora.
Puntero en sol.
Minutero en luna.

(Las horas casándose en una.)

Pero abriéronse negros
encendiendo miedos,
y la rodaron,
sus manos en viernes.

Ella —un sol vacío por sus ojos en cruz—
enlutó mi fecha.
Y la hora murió en par..

Mis cajas se llenaron.

En sed,
en toda sed.

CUATRO DE LA TARDE

LA VOZ del día está en el agua amarilla.

(Mis ojos escribieron la primera lluvia
más allá de aquel viento.)

Nadie tiene el amor entre las manos.
Todo. Todo es antes que yo.

Cuatro enfermos silencios
me sostienen en las ruinas de una medianoche.

En la nube cerrada muere un niño.
(Cómo se rompen los pájaros sin cielo.)

Y se ha caído mi sitio pequeño.

El silencio está nevando.

EL TIEMPO juega el caracol de las esquinas.
El mar —guarnición fusilada en los mapas—
treinta nubes en los treinta ojos.

Construyo mi escalera de alegría,
—estampa de color, carrete rizado, nube de loro—.

Todas las horas caen en la frontera de mi niñez.
Descosiendo silencios dibujo el mapa de los campanarios.
Las fechas cuelgan cinturas de niñas
en el abanico de mis islas nocturnas.

Mis ojos cantando. El órgano del mar.
Lleno mi jaula de barcos.
Rompo el sonido de todas mis corbatas.
Abro al alba el tren de las ventanas.
Todas las fechas en rojo búscanme en el almanaque.

El perfume de un pájaro degüella el viaje de las horas
[matando al campanero.
(Cuidado mis mediodías.)

Pero destrabando mi herida,
repico mi escalón por las dianas nuevas.

El sol recién cortado,
llena de ruido el mar.

Mi escalera se pierde
por la fachada de la noche.

CANCIÓN DE PERCAL

Polichinela enfermo,
roto en el cristal.

Mi aguja en las olas
quién la cogerá.

Almendras amargas
dentro su dedal.
Todo el mar sin pitos
yendo a naufragar.

El viento lleva tres huecos.
Tres barquitos que vendrán.
Las nubes llevan de mano
sus cristaleras de sal.

La canción de hule fresco
creció por el mar.

(Mi papá lo supo.
Siempre lo sabrá.)

Y mi aguja en lo verde
se quedó a cantar.

Mira cómo cose,
cómo cose ya.

Su punta mojando
dentro su dedal.

Polichinela guapo,
risa en el cristal.

LA NOCHE se viene de bruces
entintando las risas del sol.

He tendido en el mar y en el monte
las sendas azules del alma,
pues perdí por mirar a una nube
mi señal;
y la tarde corriendo hacia lejos
no hace caso
de mi mal...

Pasaron las últimas nubes queriendo acostarse
sobre los tejados.
Pasó la brisa colgando en chimeneas
sonidos de flautín...
Y el rayo más hermoso del sol
posado en el mar
se enredó en una vela y se marchó.

¡Mi señal! ¡Mi señal!, la he perdido,
y la noche viniendo me la borraré.

Las sombras de las casas se desenrollaron
al último rayo clavado en la bruma,
y llegaron lejos;
pero el monte tendiendo la suya
las cubrió...
(Un pino está llorando
su traje de sol.)

La noche está cerca...
El viento ha vaciado en mi oído
la canción de un puñado de estrellas.
¡Mi señal! Por mirar a una nube la he perdido,
y no sé si cayó en el monte o cayó en el mar...

María Rosa, si la encuentras perdida,
tráemela;
que si no, moriré de honda pena
en las playas negras sin risas de sol...

La noche tocando un silbato de plata,
llegó...

CANCIONES MARINAS

I

Canciones, canciones marinas.
Campanas de sal.
Dentro, el mar, fuera, el mar y en el mar.

En todo el estero
y todo el salinar.

Tú me das,
yo te doy.
Una playa. Veinte playas.

Y, ¿dónde mi corazón?
¡Arena, arena, arenal!
¡Tiene novia en la arena!
¿Tendrá?...

—No, que no.
Se ha perdido en los hilos más llenos
de aquel mar de allá;
sin brújula al Norte
y espuma al regar.

II

Pleamar, pleamar.
Cruces de salitre y hielo.
Telón boreal...

Mi corazón,
¿dónde, dónde parará?

Redoblar de grutas;
ronco tamboral.
Llanto de las sombras
sobre y bajo el mar...
Cuarenta mil islas,
marineros al agua,
a cantar...

Su canción partida, de rumbos caídos,
allá va, allá va...

—Arenal, arenal.
Mi corazón retrechero
gustador de playa chica,
¡tan lejos!
Se me va a ahogar.

—No, que no.
En la carretela marina de un sueño
volverá.
En la cosquilla de un alga.
Y sobre un buche de sal.

III

Navegar, navegar.
Mil barquitos de tela en mi playa,
con todo el repique de un gran repicar.

Caracola, caracola.
Barcarol, caracol.

Ruede la canción.

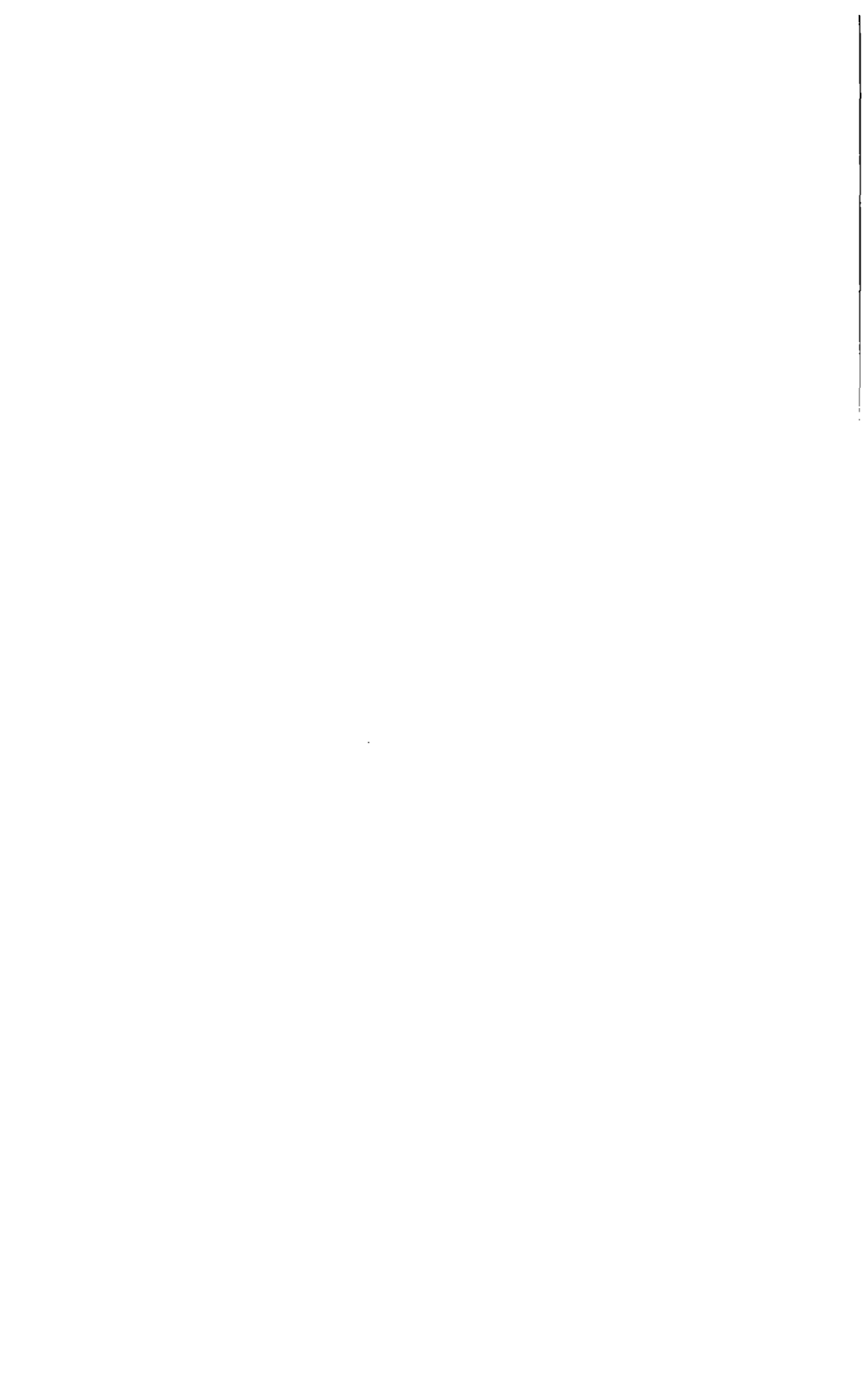
Navega, navegando
volvió el corazón.

Arenal.
Playa todo el mar.

Y todo,
mi niño de sal.



ENSAYOS.



LÍQUENES: POESÍAS

(IMPRESIONES ORDENADAS
A LA VISTA DE UN LIBRO)

Recordaré. Pedro García Cabrera y yo, estudiantes.

Campo de mañana. Paisaje, la isla recortada.

Lección 3. Talofitas: algas, hongos, ¡aquí!, líquenes.

Por mi libro en conjunción total Alberti. Pedro García repite automáticamente el rotulado sin transparencias de su libro, y busca la expresión cinegráfica estética, incidencia feliz de una nueva onda: sus líquenes de proyección desnuda.

En nuestro objetivo el lenguaje de la placa. Mostrando —sin violencias— negativas interferencias de valores, ¡siglo XIX! Empobreciendo —ancilarios eslabones— excelencias, profundos eficientes —líneas de renacimiento.

Borremos tantas dimensiones falsas —descriptivas, patéticas—, tantas devociones de ochocientos. Amiel desenfocaba su campo de visión. Miremos hoy, nosotros, cuántos discursivos paisajes sobre líneas conmovedoras; cuántas románticas cartas llenas de fatales sentimientos. Y captemos, bien disciplinados, nuestra emoción de cuerpo para la obra. Su vida y su utilidad universal. Siempre, nuestra visión más alta. Y en ella, por desmenuzar —un puro cuidado— la obra con posibilidad de elementos para el arte.

¿Un estudio?

¡Folk-lore! Vértice de alto concepto. Voz de gran situación.

(Como magnífico ejemplo, Federico García Lorca traduciendo —época actual— el folk-lore meridional de España: *Poema del cante jondo: Romancero gitano*.)

Aquí, despuntando, en las depuraciones del novecentismo de la capital.

Pedro García Cabrera y yo. Al fondo, la juvenil caricia. Entre espumas, la isla.

Desde entonces tras un mar de exponente luminoso. Yendo a mares de imaginación pura. Avizorando —vigilia exquisita, renovador desvelo— desnudeces abstractas por tantos regionalismos de asunto y de alusión.

Encontrar la exacta pureza imaginista. En nuestra sal el universal deseo.

El portavoz traza el único éxito: ¡*Líquenes!*

Y se llenan de júbilo las atalayas de las siete juventudes de las islas.

Pedro García Cabrera ha sabido mecanizar la trayectoria de su cuerpo para saltar sobre el mar de novecientos. Y, valiente imaginista, nos proyecta 70 líquenes salados de mar.

Pedro García Cabrera ha sabido encontrar la nueva estructuración poética frente a horizontes múltiples, y nos muestra inéditas valoraciones.

Ante todo; *Liquenes* es un mar de vertiginosa maravilla cinemográfica. En las manos, en los ojos, en la frente, en todo el cuerpo —con situación, podemos retenerla— la velocidad de la cinta, plena de metáfora nueva.

Por ella, Pedro García —legítimo director—, con alta visión, en días de cielos inadecuados por ignorancia de los más, nos dice unas palabras —únicas en lo poético, en lo artístico su eterna generatriz— que rompen viejas argumentaciones a que estábamos acostumbrados depositar anteriores viajes, exentos de puras cartografías. (Pisados ejemplos de cancioneros regionales cantados sobre intenciones pobres.)

Excelente sinceridad. La inquietud —siempre— frente al mar.

Eminentemente isleño, Pedro García sonríe, fino y ágil, a ser «marinero en tierra» por ser marinero en mar.

Sin nostalgias. *Liquenes* marcando la sugestividad nueva en depurada inspiración.

Un vital nerviosismo que despeina la sal, brindando su magnífica integridad a plástica del novecientos. ¡Oh, Juan Ismael!

Nuevas conquistas de sensibilidad. Construcción flexible desplazada al lector en líneas artísticas de exclusiva estética, es el verso que Pedro García nos ofrece —breve, acariciador— en su obra reciente.

Entre luminosos ejercicios, volcando la fiesta de las nuevas aguas.

Y —latiendo— por los ojos, por las manos, por la frente, la vertiginosidad cinegráfica del libro.

Líquenes en fugitiva desnudez suscitando bellezas para poéticas y plásticas.

¡Oh, mar de novecientos!

Agosto de 1928

STADIUM, DE RAMÓN FERIA

1

Amistad de Ramón Feria.

Nuestras mujeres son largas y rosadas.

Los paisajes avanzan sus arquitecturas.

Universitarios, deletreamos a Góngora o escuchamos un rondó de Mozart. Y entre fugas de diversión, colecciones «gigolettes» de voces diminutas y ojos aterciopelados.

Recogiendo los pecados capitales, hablamos los poemas de Jammes. Y nuestros lápices dibujan la emoción inmensa de la isla.

Entonces, nuestras voces. Buscando el color aun indefinido. Entrecruzando su inquietud.

Pero el diálogo se rompe y un viento poderoso, combado, lo lanza —¿dónde, Ramón!— en su platillo, fuera de la isla, cayendo su soplo sobre mis textos en desorden.

Y entre los dos acude el mar. En un gimnasio de espumas se endurecen los cuerpos de la ausencia.

Tres años persiguiendo la separación repentina.

Hoy, señalando el silencio —súbitos, sin datos— llegan sus poemas, salvando un puente sin arco.

Y Ramón —buscándose intensamente— consigue mi mirada.

Su *Stadium* trae un salto contenido, articulado.

Al cogerlo, todas mis carreras escapan buscando las ovaciones.

Y es ahora —abierta la primera página— cuando escribe —rotundo, sin vacilaciones— el apasionado verbo, agitado reciamente por Henry de Montherlant —campeón de los cien metros— en sus Olímpicas. (Los movimientos construyendo la armonía de los cuerpos hermosos.)

El hombre es de la tierra. El músculo es profundo. Su trayectoria es el Universo.

Lo dice Ramón Fera, que se está «moderando en el andar». Para el andar, pisar. Para enterrar el vértigo como un cuerpo vacío.

Cantemos los trapecios. Los céntuples saltos delirantes. Logremos las anatomías. Solo en aquellas se renace.

Bruñendo el equilibrio de su cuerpo, Ramón quiere encontrar el impulso inmortal.

«Ninguna estética reciente —ha dicho José Bergamín— acepta la definición de arte como imitación de la naturaleza..., porque solo es parte independiente en la actividad del espíritu —es una etapa de esa misma actividad—.»

Y ya el pintor no pinta la luz, ni recoge la realidad de su retina. Y el poeta trabaja su obra íntima, difícil, interior. Trazando su creación bajo el cerebro.

Su poema es denso, complejo.

Y hay una ordenación espiritual. Una realidad dentro de sí y no fuera.

(Así se piensa una sensibilidad actual. Se integran conceptos propios. Hoy, en el silencio abierto después de tanta confusión.)

Stadium trae este ritmo. Con él una eficacia. Un ofrecimiento que ganará, pues Ramón sabe matar el peso de las palabras inútiles.

Al leerle, iremos descubriendo las leyes en que el artista ha estremecido su alma.

Advertimos —resbalamos por la obra— una substancia. Una dimensión. Una proporción. Intentadas y ya ciertas.

Cuidadosamente —alargando— Ramón quiere buscar la fisiología de su yo. Elevándose en el clamor interior. Dejando un deseo tendido, nervioso; como el de las cosas que se sienten y se pierden.

Y en él la habilidad. En sostener la armonía de la obra. Sujetarla, solo pronunciada.

Sus versos despertando en mi espíritu el ritmo de las pinturas de Boticelli.

«El poeta nuevo —continúa Bergamín— empieza a practicar la palabra, poéticamente. Y no es como el hombre que se mira al

espejo y olvida que se ha visto; sino que ahondando en su profunda oscuridad —a imitación de la naturaleza— se hace imagen divina y expresa, fervorosamente, su pensamiento —o sentimiento».

Perpendiculares, bajan los aires de la serenidad.

Por la emoción inteligente que me deja Ramón Fera, cae este aplauso en mis manos.

Tenerife, julio 1930.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
Nota sobre la edición.....	18
Bibliografía	19
POEMAS	21
El día rodó en tres pedazos	23
Tarde.....	24
Mi paseo entra en la tarde.....	25
María Rosa.....	26
Y al fondo.....	28
Galerías de humo	29
Mis cajas en O.....	30
Cuatro de la tarde.....	31
<i>El tiempo juega el caracol</i>	32
Canción de percal.....	33
La noche se viene de bruces	35
Canciones marinas	37
ENSAYOS	41
Líquenes: Poesías (Impresiones ordenadas a la vista de un libro).....	43
<i>Stadium</i> , de Ramón Fera.....	47



Verso y prosa,
de José Antonio Rojas,

ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA EL PRODUCTOR, S. L., BARRIO NUEVO DE
OFRA, Nº 12, LA CUESTA, LA LAGUNA DE TENERIFE,
EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1993,
EN SU COMPOSICIÓN SE USARON TIPOS TIMES DE
10:12 PUNTOS.

La edición estuvo al cuidado de
Andrés Sánchez Robayna

EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES



